



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 4 de abril de 1990

Misterio de la Encarnación.

El Espíritu Santo y María en la concepción virginal de Jesús

1. Todo el “evento” de Jesucristo se explica *mediante la acción del Espíritu Santo*, como se dijo en la catequesis anterior. Por esto, una lectura correcta y profunda del “evento” de Jesucristo –y de cada una de sus etapas– es para nosotros el camino privilegiado para alcanzar el pleno conocimiento del Espíritu Santo. *La verdad sobre la tercera Persona de la Santísima Trinidad la leemos sobre todo en la vida del Mesías: de Aquel que fue “consagrado con el Espíritu”* (cf. *Hch* 10, 38). Es una verdad *especialmente clara en algunos momentos* de la vida de Cristo, sobre los cuales reflexionaremos también en las catequesis sucesivas. *El primero* de estos momentos *es la misma Encarnación*, es decir, la venida al mundo del Verbo de Dios, que en la concepción asumió la naturaleza humana y nació de María por obra del Espíritu Santo: “*Conceptus de Spiritu Sancto, natus ex Maria Virgine*”, como decimos en el Símbolo de la fe.

2. Es el misterio encerrado en el hecho del que nos habla *el evangelio en las dos redacciones de Mateo y de Lucas*, a las que acudimos como fuentes substancialmente idénticas, pero a la vez complementarias. Si se atiende al orden cronológico de los acontecimientos narrados se tendría que comenzar por Lucas; pero para la finalidad de nuestra catequesis es oportuno tomar como punto de partida el texto de Mateo, en el cual se da la explicación formal de la concepción y del nacimiento de Jesús (quizá en relación con las primeras habladurías que circulaban en los ambientes judíos hostiles). El Evangelista escribe: “La generación de Jesucristo fue de esta manera: Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta *por obra del Espíritu Santo*” (*Mt* 1, 18). El Evangelista añade que a José le informó de este hecho un mensajero divino: “El Ángel del Señor se le apareció en sueños y le

dijo: ‘José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer porque *lo engendrado en ella es del Espíritu Santo*’ (Mt 1, 20).

La intención de Mateo es, por tanto, afirmar de modo inequívocable *el origen divino de ese hecho*, que él atribuye a la intervención del Espíritu Santo. Esta es la explicación que hizo texto para las comunidades cristianas de los primeros siglos, de las cuales provienen tanto los Evangelios como los símbolos de la fe, las definiciones conciliares y las tradiciones de los Padres.

A su vez, el texto de Lucas nos ofrece una precisión sobre el *momento* y el *modo* en el que la maternidad virginal de María tuvo origen por obra del Espíritu Santo (cf. Lc 1, 26-38). He aquí las palabras del mensajero, que narra Lucas: “*El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios*” (Lc 1, 35).

3. Entretanto notamos que la sencillez, viveza y concisión con las que Mateo y Lucas refieren las circunstancias concretas de la Encarnación del Verbo, de la que el prólogo del IV Evangelio ofrecerá después una profundización teológica, nos hacen descubrir qué lejos está nuestra fe del ámbito mitológico al que queda reducido el concepto de un Dios que se ha hecho hombre, en ciertas interpretaciones religiosas, incluso contemporáneas. Los textos evangélicos, en su esencia, rebosan de verdad histórica por su dependencia directa o indirecta de testimonios oculares y sobre todo de María, como de fuente principal de la narración. Pero, al mismo tiempo, dejan transparentar la convicción de los Evangelistas y de las primeras comunidades cristianas sobre *la presencia de un misterio*, o sea, de una verdad revelada en aquel acontecimiento ocurrido “por obra del Espíritu Santo”. El misterio de una intervención divina en la Encarnación, como evento real, literalmente verdadero, si bien no verificable por la experiencia humana, más que en el “signo” (cf. Lc 2, 12) de la humanidad, de la “carne”, como dice Juan (1, 14), un signo ofrecido a los hombres humildes y disponibles a la atracción de Dios. Los Evangelistas, la lectura apostólica y post-apostólica y la tradición cristiana nos presentan la Encarnación como *evento histórico* y no como mito o como narración simbólica. Un evento real, que en la “plenitud de los tiempos” (cf. Ga 4, 4) actuó lo que en algunos mitos de la antigüedad podía presentirse como un sueño o como el eco de una nostalgia, o quizá incluso de un presagio sobre una comunión perfecta entre el hombre y Dios. Digamos sin dudar: la Encarnación del Verbo y la intervención del Espíritu Santo, que los autores de los evangelios nos presentan como un hecho histórico a ellos contemporáneo, son consiguientemente misterio, verdad revelada, objeto de fe.

4. Nótese la novedad y originalidad del evento también en relación con las *escrituras del Antiguo Testamento*, las cuales hablaban sólo de la venida del Espíritu (Santo) *sobre el futuro Mesías*: “Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará. Reposará sobre él el espíritu de Yahveh” (Is 11, 1-2); o bien: “El espíritu del Señor Yahveh está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahveh” (Is 61, 1). El evangelio de Lucas habla, en cambio, de la venida del Espíritu Santo *sobre María*, cuando se convierte en la Madre del Mesías. De esta novedad forma

parte también el hecho de que la venida del Espíritu Santo esta vez *atañe a una mujer*, cuya especial participación en la obra mesiánica de la salvación se pone de relieve. Resalta así al mismo tiempo el papel de la Mujer en la Encarnación y el vínculo entre la Mujer y el Espíritu Santo en la venida de Cristo. Es una luz encendida también sobre el misterio de la Mujer, que se deberá investigar e ilustrar cada vez más en la historia por lo que se refiere a María, pero también en sus reflejos en la condición y misión de todas las mujeres.

5. Otra novedad de la narración evangélica se capta en la confrontación con las *narraciones de los nacimientos milagrosos* que nos transmite el Antiguo Testamento (cf. por ejemplo, 1 S 1, 4-20; Jc 13, 2-24). Esos nacimientos se producían por el camino habitual de la procreación humana, aunque de modo insólito, y en su anuncio no se hablaba del Espíritu Santo. En cambio, en la anunciación de María en Nazaret, por primera vez se dice que la concepción y el nacimiento del Hijo de Dios como hijo suyo se realizará por obra del Espíritu Santo. Se trata de *concepción y nacimiento virginales*, como indica ya el texto de Lucas con la pregunta de María al ángel: “¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?” (Lc 1, 34). Con estas palabras María afirma su virginidad, y no sólo como hecho, sino también, implícitamente, como propósito.

Se comprende mejor esa intención de un don total de sí a Dios en la virginidad, si se ve en ella un *fruto de la acción del Espíritu Santo en María*. Esto se puede percibir por el saludo mismo que el ángel le dirige: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo” (Lc 1, 28). El Evangelista también dirá del anciano Simeón que “este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel; y estaba en él el Espíritu Santo” (Lc 2, 25). Pero las palabras dirigidas a María dicen mucho más: afirman que Ella estaba “transformada por la gracia”, “establecida en la gracia”. Esta singular abundancia de gracia no puede ser más que el fruto de una primera acción del Espíritu Santo como preparación al misterio de la Encarnación. *El Espíritu Santo hace* que María esté perfectamente preparada para ser la Madre del Hijo de Dios y que, en consideración de esta divina maternidad, *Ella sea y permanezca virgen*. Es otro elemento del misterio de la Encarnación que se trasluce del hecho narrado por los evangelios.

6. Por lo que se refiere a la decisión de María en favor de la virginidad nos damos cuenta mejor que se debe a la acción del Espíritu Santo si consideramos que en la tradición de la Antigua Alianza, en la que Ella vivió y se educó, la aspiración de las “hijas de Israel”, incluso por lo que se refiere al culto y a la Ley de Dios, se ponía más bien en el sentido de la maternidad, de forma que la virginidad no era un ideal abrazado e incluso ni siquiera apreciado. Israel estaba totalmente invadido del sentimiento de espera del Mesías, de forma que la mujer estaba psicológicamente orientada hacia la maternidad incluso en función del advenimiento mesiánico, la tendencia personal y étnica subía así al nivel de la profecía que penetraba la historia de Israel, pueblo en el que la espera mesiánica y la función generadora de la mujer estaban estrechamente vinculadas. Así, pues, el matrimonio tenía una perspectiva religiosa para las “hijas de Israel”.

Pero los caminos del Señor eran diversos. El Espíritu Santo condujo a María precisamente por el

camino de la virginidad, por el cual Ella está en el origen del nuevo ideal de consagración total—alma y cuerpo, sentimiento y voluntad, mente y corazón— en el pueblo de Dios en la Nueva Alianza, según la invitación de Jesús, “por el Reino de los Cielos” (Mt 19, 12). De este nuevo ideal evangélico hablé en la Carta Apostólica *Mulieris dignitatem* (n. 20).

7. María, Madre del Hijo de Dios hecho hombre, Jesucristo, permanece como Virgen el insustituible *punto de referencia para la acción salvífica de Dios*. Tampoco nuestros tiempos, que parecen ir en otra dirección, pueden ofuscar la luz de la virginidad (el celibato por el Reino de Dios) que el Espíritu Santo ha inscrito de modo tan claro en el misterio de la Encarnación del Verbo. Aquel que, “concebido del Espíritu Santo, nació de María Virgen”, debe su nacimiento y existencia humana a aquella maternidad virginal que hizo de María el emblema viviente de la dignidad de la mujer, la síntesis de las dos grandezas, humanamente inconciliables —precisamente la maternidad y la virginidad— y como la certificación de la verdad de la Encarnación. María es verdadera madre de Jesús, pero sólo Dios es su padre, por obra del Espíritu Santo.

Saludos

Amadísimos hermanos y hermanas:

Mi más cordial saludo se dirige a los numerosos peregrinos llegados de América Latina y de España, a los que agradezco su presencia en esta Audiencia. De modo particular, me es grato saludar a los alumnos de los Colegios de las Madres Concepcionistas de Madrid, Barcelona y San Lorenzo de El Escorial. A vosotros, al igual que a los numerosos jóvenes españoles que os acompañan en este encuentro, os aliento, de cara al Triduo Pascual de la próxima semana, a poner toda vuestra atención espiritual en la persona de Cristo, el Señor. El os acompaña a lo largo de vuestra existencia, sobre todo en esta etapa de la juventud tan decisiva para vosotros. Que Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, sea siempre vuestro punto de referencia.

A vosotros y a todos los aquí presentes de lengua española imparto complacido mi bendición apostólica.